

LA PEDAGOGIA CONTEMPORANEA
Y LAS CARACTERISTICAS DE
LAS ESCUELAS MARIANISTAS

POR EL

M. R. PAUL-JOSEPH HOFFER, S. M.

Doctor en Sagrada Teología, Superior
General de la Compañía de María

M. R. P. PAUL HOFFER, S. M.

Nació el 13 de febrero de 1906 en Bîndernheim (Alsacia).

Hizo sus primeros estudios en Saint Hippolyte y Antony (Seine).

Frecuentó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de París, donde se licenció. Fué nombrado Profesor de Literatura en el Colegio de La Rochelle (Francia).

En la Universidad de Fribourg (Suiza) cursó la sagrada Teología, donde hizo su doctorado, con esta tesis: "Los jansenistas y la devoción a la Virgen".

Después de varios años como Profesor de Filosofía, fué nombrado Director del Colegio marianista de París.

En 1946, con ocasión de un Capítulo general de la Congregación, fué nombrado Jefe de Instrucción, Asistente del Superior general. En 1956, por fin, Superior general.

Es autor de diversas obras doctrinales, entre las cuales destaca "Pedagogía marianista", suma y compendio del espíritu, métodos y procedimientos de los Colegios marianistas.

LA PEDAGOGIA CONTEMPORANEA Y LAS CARACTERISTICAS DE LAS ESCUELAS MARIANISTAS

No hay marianista alguno que tenga conciencia de poseer una fórmula secreta y mágica cuyo empleo le asegure el acierto de un modo automático. Pero le basta el hecho de ser íntegramente marianista para obrar, aun sin darse cuenta, de un modo original que da cierto aire de familia a todos los marianistas del globo.

Las virtudes características de su espiritualidad, al ofrecerle un modo propio de entrar en relación con personas y cosas, impregnan hasta sus mismos métodos pedagógicos de ciertos rasgos específicos. Estos, pueden reducirse a tres: el espíritu de familia, el respeto de la personalidad del niño, una prudente anchura de alma que sabe adaptarse a las exigencias de los tiempos y del medio ambiente. En esta conferencia o charla familiar no hablaremos más que de los dos primeros.

I

ESPIRITU DE FAMILIA

En la educación del niño ninguna escuela es capaz de reemplazar el ambiente familiar. En una familia unida, donde reinan la comprensión y la confianza recíprocas, es decir, un espíritu de amor que hace de todos los miembros un solo corazón y una sola alma, la personalidad del niño se desarrolla sin que él se dé cuenta, al paso que se atrofia o se degrada en un rebaño anónimo, dentro del cual él es un simple número, y en una atmósfera administrativa con relaciones frías y correctas en las que reina una uniformidad de protocolo. La psicología contemporánea ha demostrado de modo luminoso la importancia insustituible del afecto maternal y de la estabilidad del hogar, porque aseguran al niño y al adolescente ese clima de seguridad que necesita su debilidad y favorecen la formación de una afectividad equilibrada, que es la base necesaria para el desarrollo normal de su vida psíquica y moral. No hay madurez humana sin amor, como no hay crecimiento vegetal sin calor y humedad.

Provieniendo de aquellos de quienes se siente uno amado y a quien uno mismo ama, se aceptan todas las ideas, todas las órdenes, todos los reproches y todos los castigos; pero se desechan cuando vienen de persona extraña o antipática. «Cuando el niño se siente verdaderamente en su casa, acepta un régimen austero y una disciplina exigente», dice el P. Kieffer, Superior General de la S. M., notable pedagogo, fundador de la Villa St. Jean, Friburgo (Suiza), bien conocido por su libro: «La autoridad en la familia y en la Escuela» (traducido al español).

Y así ocurrirá durante toda la vida. «Para que tal educación pueda proseguirse, es menester que los niños encuentren luego en la escuela, con cierta gravedad y regularidad mayores, esa buena y prudente vida de familia.»

Los primeros marianistas vieron en la escuela una prolongación del hogar doméstico. Por eso, el espíritu de familia se presenta, en el primer prospecto de la primera Escuela Marianista de Burdeos, como un rasgo distintivo de las Escuelas

de la nueva Congregación religiosa. El P. Lalanne (primer discípulo del venerado Fundador de la Comp.^a de María) Director del Colegio Stanislas, de París, que elevó a gran altura en colaboración con la Universidad de Francia), y que redactó dicho prospecto, detallará más tarde esa primera intención suya en las siguientes líneas:

«La acción moral de los maestros no podrá ejercerse sobre los niños sino en cuanto éstos se constituyan, respecto a sus maestros, en las mismas relaciones en que se encuentran los hijos, dentro de la familia, con su padre y madre. En una palabra, para educar a los niños hay que vivir con ellos; una escuela jamás será una verdadera casa de educación sino a condición de que sea una segunda familia... Las máximas más santas que pudieran ofrecerse a la inteligencia, aun acertando a grabarlas en la memoria, no llegarán hasta el corazón mientras no vayan sugeridas por una voz amiga y familiar. La vigilancia más atenta y minuciosa conseguirá tal vez detener el mal, pero no logrará más que irritar los deseos y fomentar las pasiones nacientes, si no se presenta bajo otro aspecto que la medrosa solitud de la ternura.»

—«Sólo el amor, añadía, es el nervio de la educación... y puede conciliar la obediencia con la libertad. Una disciplina administrativa impuesta del exterior y fundada principalmente en el temor, no da otro resultado que el de formar «dos partidos bien distintos», dos campos opuestos y enemigos: de un lado los alumnos, que desconfían de sus maestros; de otro, los maestros, que desconfían de sus alumnos. Entre éstos, reina el espíritu de in-subordinación; en los otros, el espíritu de dominación; entre ambos, lo más constante es la recíproca repulsión.»

Aunque la mayor parte de nuestros predecesores no hayan tenido ni tiempo ni ganas para confiar al papel sus experiencias, este espíritu de familia, en medida variable y generalmente más acentuado en los internados que en los externos, fué la marca distintiva de todas nuestras escuelas posteriores. Debemos, pues, limitarnos al testimonio de nuestros superiores y de nuestros «Métodos».

«El Colegio, escribe el P. de Lagarde (sucesor del P. Lalanne en la dirección del Colegio Stanislas de París, educador de primer orden que dió gran relieve a dicho Colegio), es una familia; el director es el padre; comparte ese honor y esa carga con sus colaboradores... Si rompéis ese lazo, si el Colegio deja de ser la extensión de la familia doméstica, forzosamente adquiere cierta semejanza con un cuartel o una cárcel, y tal es, desgraciadamente, el nombre que se le da a veces. Resultará, por este mismo hecho, que los alumnos serán algo así como números de un regimiento, distribuidos en secciones, formados por instructores; pero ya no habrá ni familia, ni espíritu de familia; no habrá ya hijos propiamente dichos; tan sólo habría «alumnos» en el sentido menos noble de la palabra...» (P. Simler: «Vida del P. de Lagarde».)

Con la fundación del Colegio, que se ha hecho célebre con el nombre de *Villa Saint-Jean*, en Friburgo, Suiza, después de la expulsión de los religiosos de Francia en 1903, el Buen Padre Simler aspiraba a realizar la vida de familia íntegra, tan perfectamente como fuera posible vivirla en una Escuela. Por oposición a la

vida anónima de nuestros internados de la época, el P. Kieffer, S. M., enviado por el P. Simler, trató de hacer de la Villa St. Jean un verdadero hogar. Para ello comenzó por excluir de los planos los muros de cerca y desterró cuanto oliera a anónimo y vulgar, común o trivial: cada división debía ocupar su propia villa; suprimió lo que en la jerga de los Colegios se llamaba los *pions* (meros vigilantes) e introdujo una «familiaridad» de buena ley entre los alumnos y profesores. Estos últimos debían vivir constantemente mezclados con sus alumnos, no sólo en clase, sino también en el estudio, en la mesa, en los juegos y en los paseos. «Todo cuando puede facilitar el contacto del profesor con el alumno, fuera de la enseñanza ex-cathedra, solía decir el P. Kieffer, es puro provecho para la educación.»

En nuestras escuelas de Austria y Alemania, existe una preocupación muy particular por crear un ambiente que recuerde el de familia. Cuando las salas de estudio son demasiado grandes, se reserva a lo menos un rinconcito, amueblado de modo especial, destinado a las veladas de familia. Aun con ausencia de tales detalles, el espíritu de familia reina en todas nuestras Provincias. En una carta fechada el 1.º de abril de 1956, un alumno japonés, antiguo de nuestros Colegios de Tokyo y de Friburgo, escribía al Buen Padre Juergens, Superior General entonces, poco tiempo después de su llegada a la Universidad marianista de Dayton (Estados Unidos): «He vuelto a encontrar aquí esa atmósfera de familia que uno logra hallar en las escuelas marianistas y que había echado de menos en otras partes.»

Para obtener más eficazmente ese espíritu de familia, nuestros grandes educadores marianistas no se dejaron nunca fascinar por el número. Pensaban que un Colegio no debía aceptar más alumnos que los que un director puede llegar a conocer personalmente. El es, efectivamente, el centro de irradiación de la familia del Colegio; él, quien crea su espíritu. Cuando las circunstancias les obligaban a sobrepasar ese número, fraccionaban el Colegio en divisiones más o menos autónomas y ponían al frente de cada una un director particular. A fin de preservar ese espíritu de todo riesgo, no aceptaban sino mediante garantías serias y a título de ensayo, alumnos de cierta edad que viniesen de otros establecimientos. Para ellos, tal precaución era cuestión de justicia hacia los demás alumnos, que tenían derecho a disfrutar de la atmósfera familiar hasta el final de sus estudios. Por otra parte, para hacer acogedora y hospitalaria la casa, se ingeniaban en preparar para el comienzo de cada curso alguna sorpresa agradable, tal como la reparación y embellecimiento de los patios de juego, la renovación de la pintura en las clases, algunas nuevas colecciones...

Bien puede afirmarse que el ambiente de familia es el secreto principal de la educación marianista. Los maestros mismos encuentran en él la alegría del trabajo y de la abnegación; a él deben su respeto y su amor para con los alumnos, la comprensión de sus problemas individuales, una facilidad insospechada para hacer efectivo el espíritu de equipo entre ellos mismos y con sus alumnos. Cuando en la escuela, maestros y alumnos se sienten a sus anchas como en una familia, la educación se hace por sí sola.

«En una escuela en que el espíritu de familia compenetra efectivamente el espíritu escolar, los alumnos respetan de buen grado el estudio y el esfuerzo. En una atmósfera familiar sana y simpática, el trabajo intelectual deja de ser una carga. Como consecuencia de la intimidad que reina entre alumnos y pro-

fesores, los alumnos admiran a éstos y, sin darse cuenta, se esfuerzan por alzarse hasta su ideal, imitar su generosidad y desinterés y adquirir el sentido de las responsabilidades sociales.» (E. B. Clemens.)

• • •

Si el espíritu de familia es el carácter distintivo de todas las escuelas marianistas del mundo, es, sin duda alguna, porque constituye uno de los rasgos características de las comunidades marianistas, y es a modo de floración del especial amor que todos profesan a María. Ese amor a la Virgen da a sus comunidades un calor y una intimidad muy particulares. Lo mismo que en la familia natural, donde la madre es efectivamente el lazo de unión, en nuestra familia religiosa, la presencia de María funde todos los hielos y evita toda tirantez: Ella humaniza las relaciones con Dios, suaviza los contactos entre hermanos, y hace que todos los miembros, como sugieren las Constituciones, adquieran el verdadero espíritu de infancia evangélica. La piedad filial de Jesús para con su Madre les incita a reproducir en sus comunidades la vida misma de Nazaret.

«Por efecto de esta piedad filial dice nuestra Regla—, el hijo de la Compañía siéntese instintivamente inclinado a imitar la vida de Jesús y de María, aplicándose con marcada predilección a reproducir las virtudes que más sobresalen en la familia de Nazareth.» (Const. art. 296.)

No es, pues, de admirar que cada religioso, según el consejo de la misma Regla, (artículo 265), aplique en su clase el mismo espíritu de familia y «se penetre para con sus alumnos del amor del Salvador y de la ternura de María.» Nuestros alumnos no se engañan sobre el particular, como tampoco los visitantes de ocasión. Un grupo de Inspectores oficiales vino cierto día a girar la visita de nuestra *High School* o Colegio de Segunda Enseñanza de San Antonio (Texas). Al cabo de ocho días de inspección, se preguntaban, admirados, cuáles eran los factores a que debía atribuirse ese no sé qué de íntimo y de familiar que habían advertido en la atmósfera de todo el establecimiento. Una religiosa que formaba parte de la Comisión, se contentó, a modo de explicación, con abrir la puerta de una clase y apuntar con el índice hacia la estatua de la Virgen. No podía darse mejor respuesta.

El B. P. Simler aconsejaba a todos sus religiosos que se apropiasen, en todas sus relaciones con sus alumnos, las disposiciones maternas de María:

«En adelante, decía, cuando estudiéis vuestros deberes para con vuestros alumnos; cuando examinéis vuestra conciencia sobre ese punto, no dejéis de preguntaros lo que haría una madre en vuestro lugar, lo que haría María, la más tierna, la más abnegada y la más generosa de todas las madres.» «¿No estamos autorizados y aún obligados a decir: abrigad en vosotros las disposiciones que abrigaba María; tened su celo por la salvación de las almas; tened, pues, un celo verdaderamente maternal? Sed padres, se dice a menudo a los maestros que tienen el honor de trabajar en la educación de la juventud; sed madres, digo yo a los obreros evangélicos de la Compañía de María. Es ése, para vosotros, un carácter distintivo que deriva de vuestros

tra insigne piedad filial!... No es hijo piadoso, ni por consiguiente verdadero hijo de Dios, quien no tiene para con sus alumnos, para con sus inferiores, la abnegación, el celo, la solicitud, la benevolencia, la paciencia de un padre, de una madre para con su hijo, quien no trata de reproducir en su conducta la piedad de San José para con el Niño Jesús, la piedad de María para con sus hijos adoptivos.» (P. Simler.)

Nadie vaya a creer que la actividad *paternal* dé por resultado una educación afeeminada o que los maestros, para exteriorizar su afecto a los niños, hayan de recurrir a los gestos con los cuales los padres expresan sus sentimientos. Es tradición en la Compañía de María que no se toca jamás a un alumno, ni para castigarle ni para acariciarle. Nuestros establecimientos se han distinguido siempre por su buena disciplina. En el Colegio Stanislas, que logró la buena reputación de la Compañía en Francia, era la disciplina tan dura y tan austera que haría estremecerse a nuestros alumnos actuales; reinaba en él «un silencio que se asemejaba al de un Claustro, una subordinación tal que mayor no se exige en un regimiento.» (P. Simler.) El espíritu de familia, lejos de dispensar de la disciplina, supone, por el contrario, «una disciplina tanto más firme cuanto que es del todo paternal.» El P. de Lagarde proclamaba altamente «que la vida de familia en el Colegio necesita más regularidad y disciplina que en el hogar doméstico, a causa del número de niños y a causa del fin inmediato, que es formar a los hábitos de orden y de trabajo y, en definitiva, la firmeza que mantiene el orden y procura el cumplimiento del deber, es cualidad inseparable y parte esencial de la verdadera bondad y del verdadero amor.» El maestro débil no ama a sus niños; se ama a sí mismo y procura su propia tranquilidad. «La fuerza es la verdadera marca del amor, la debilidad es la marca del falso amor.» Amar a alguien es querer eficazmente su verdadero bien; es ayudarle con toda su energía a escalar las cumbres de la perfección. La severidad y el amor, lejos de excluirse, se llaman recíprocamente: «Aun exigiendo el cumplimiento del deber, dice nuestra Regla, aun apartando el peligro con fuerza y persiguiendo el vicio con indignación, (el religioso) no deja de ser buen pastor; sacrificase él mismo, toma sobre sus hombros la oveja descarriada y conserva siempre en el fondo de su corazón una calma inalterable y una prudente propensión a la indulgencia.» (Const. art. 268.) El niño —como los hombres— ama al maestro enérgico que es capaz de juntar la severidad con el respeto y la ternura de corazón; nunca da su confianza al maestro débil, precisamente porque éste es incapaz de inspirar ese temor filial sin el cual el niño tiene el sentimiento de verse abandonado.

* * *

Entre las disposiciones que nos inspiran la devoción a María y el espíritu de familia, hay una que nuestros documentos de familia recuerdan constantemente, sin descanso: es *la dulzura*, la bondad maternal. Ella es, efectivamente, la que atempera la rigidez de la disciplina y acorta esa distancia que la indispensable autoridad del maestro y el prestigio de su ciencia crean espontáneamente entre él y el niño

«Entre todas las maneras de ejercer el apostolado, dice el P. Simler, la Compañía de María ha escogido el de la dulzura, como el más seguro y más

fecundo en sus resultados, pues la dulzura gana el corazón, gana al hombre entero, para atraerle al servicio de Dios y de María con los lazos más fuertes, los del amor.»

«Según la intención formal del Fundador y de nuestras Constituciones (Art. 267-269), dice (a su vez) el P. Hiss (sucesor del P. Simler en el generalato), el religioso de María debe armarse de una paciencia inalterable, impregnarse de una dulzura llena de unción; se le recomienda maneje las almas con tacto y delicadeza. Importa que se reconozca en él al hijo de María, la más dulce de las madres. Nuestra educación es, pues, eminentemente filial, en cierto modo maternal por la bondad de corazón y por la abnegación. Gracias a tales procedimientos podemos esperar abrir las almas, introducir, como quien dice, la voluntad del maestro en el corazón de los discípulos, sin herirles, y hacerles manejables a la obediencia.»

Desgraciadamente, no somos bastante buenos para tener la intuición de la dulzura divina. Comprendemos mejor la justicia que la bondad. Aquella nos satisface, ésta nos desconcierta. Tenemos miedo de ser demasiado buenos y el diablo se da maña para levantar frente a la bondad el espantajo de la debilidad, para decirnos que la indulgencia excesiva es un pecado, que la justicia tiene sus exigencias. que la mansedumbre alienta al mal. Con semejantes ideas, jamás se hubiera realizado la Encarnación. Tales aprensiones provienen quizá de que no comprendemos la verdadera naturaleza de la dulzura.

De hecho, no hay roca más inquebrantable que la firmeza de un hombre dulce y manso que ha orientado su vida sobre el Bien y la voluntad de Dios: aunque conservando su sonrisa llena de seguridad, está pronto a dejarse matar en el sitio antes que ceder un ápice de su deber. Nuestro Señor, tan indulgente con la debilidad humana arrepentida, supo mostrarse inflexible para con los fariseos y vendedores que profanaban el Templo. La energía cristiana no es una fuerza ciega que tritura todo a su paso, sino una voluntad llena de calma para cumplir, en todas partes y en todo, la voluntad de Dios. El P. Simler refuta de antemano las objeciones de ciertos temperamentos que con demasiada facilidad confunden la energía con el dinamismo físico egoísta y ciego; y la firmeza, con la dureza no menos egoísta. La dulzura es, por lo demás, una forma superior del dominio de sí mismo, y no una insensibilidad de molusco.

Esta dulzura obra maravillas. A la larga, acaba por vencer todos los obstáculos. «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.»

Y cuando a esta dulzura viene a unirse un afecto sincero, atento a la felicidad del niño, el educador puede contar con el éxito.

«Cuando un corazón de niño ha comprendido a un amigo, nos dice el Padre Lalanne, no se inclina... se lanza hacia él; no se da, sino que se abandona a él y le seguirá hasta las extremidades de la tierra. Y hará más: se dejará arrastrar al trabajo, encadenar al orden, agitar y revolver en todo sentido en el crisol de la educación, en el cual, mediante operaciones a menudo penosas de composición y de descomposición moral se forjan caracteres de fuerte temple...»

El resultado educativo queda así logrado, reina el orden, se asegura el trabajo y el niño es feliz, lo cual no es indiferente; y el P. Lalanne quería que el niño fuese alegre, abierto, y que encontrase en su felicidad misma un estímulo a la práctica de la virtud y a la constancia en el trabajo:

«Rodeados de una juventud a la que amamos, el deseo de hacerla feliz domina habitualmente nuestro pensamiento y nuestra intención. Sin duda esa felicidad con que soñamos para ella, hemos de prepararla para el porvenir. Por penosos que puedan ser para los jóvenes el trabajo y la disciplina, debemos no evitarles tales penas... para que de verdad sean felices en la vida. Pero, en fin, ¿esa pretendida felicidad de la vida es tan certera, tan segura, que sea necesario sacrificar a ella el momento presente, el tiempo tan hermoso pero tan corto de la juventud, el único tal vez durante el cual el corazón no desmiente los labios?... En una palabra, si es menester que el educador obligue a los niños a estudiar; si debe esforzarse por corregir sus defectos, ¿no debe también tomar interés en sus juegos, aunque no fuera más que para convertir hasta las mismas diversiones en provecho para el lado serio de la educación?... Ellos se inclinan francamente hacia el bien cuando habéis encontrado el medio de hacerles felices...»

II

RESPECTO DE LA PERSONALIDAD DEL NIÑO

La pedagogía contemporánea tiene la ambición de obrar en *función del niño*; su principio más característico consiste en partir del niño, en conocer sus necesidades vitales, en poner en acción sus recursos personales; en una palabra, en respetar su naturaleza propia, sin querer ni anticiparse a su evolución normal ni saltar las etapas de su crecimiento. En vez de trabajarle como si fuera una materia inerte que se vacía en un molde, uniforme para todos, o de aplicar sobre él actitudes ficticias, se esfuerza por valorizar los gérmenes del bien y obtener del propio niño que se trabaje a sí mismo, que coopere con todas sus energías a la obra de su propio desarrollo. Se despertarán pues sus intereses profundos, se hará un llamamiento a su iniciativa y a sus facultades creadoras, se proporcionarán las exigencias escolares a las posibilidades de cada cual, sin quebrar los dones individuales y sin esforzar artificialmente el desarrollo de una facultad; se favorecerá así el nacimiento y desarrollo de su libertad y de su sentido de la responsabilidad, sustituyendo a la disciplina exterior una disciplina interior libremente consentida, para inducir finalmente al niño a hacer lo que es bueno sin apremios ni insistencias inoportunas. Esta actitud optimista de respeto ante la personalidad del niño, no implica en modo alguna dejación de parte del maestro; si su actividad es más discreta, más silenciosa y menos autoritaria, no por eso es menos real y constante; y sobre todo, es más eficaz. Convencido de que el niño no es «un vaso que se llena, sino un fuego que se enciende», que el mejor medio de hacer progresar al niño es movilizar todas sus variadas energías, el maestro será para él un despertador de sus preciosas virtualidades más bien que un profesor; un entrenador más bien que un domador

Estas actitudes del maestro respetan la prerrogativa esencial de la persona humana, la libertad, que Dios mismo respeta en su conducta para con nosotros.

En suma, el educador está ahí para ayudar la libertad del niño a abrirse camino; pero cuidará mucho de no destruir en él ese potencial de vida latente, esas fuerzas misteriosas, todavía desconocidas, que serán tal vez peligrosas, pero que contienen también un porvenir preñado de riquezas a las que no se tiene el derecho de negar acceso a la existencia. Las desviaciones naturalistas de ciertos partidarios de la Escuela nueva no desvirtúan la verdad de estas ideas ni justifican los principios opuestos de sus detractores.

Este respeto de la naturaleza espiritual del niño está conforme con las mejores tradiciones de los marianistas. Jamás confundieron ellos la educación con la cría de ganado, ni el cultivo de alcachofas, ni fueron nunca sus métodos lechos de Procusto. «No se sale de sus escuelas con una marca de fábrica», ha escrito Michael Darbon, uno de los mejores biógrafos del P. Chaminade; ni se forma en ellas a tímidos o a *refoulés* provistos de diplomas.» Para obtener tales resultados, les basta a los marianistas ser fieles al espíritu de familia y al espíritu de fe que les legó el Fundador como virtudes características. En una familia donde reina el amor, el niño no es considerado como un simple número; es amado y respetado, tratado según su propia naturaleza individual, de modo que puedan desarrollarse sus riquezas personales y ser enderezadas sus deficiencias.

* * *

El espíritu de fe, sobre todo, es el manantial donde los marianistas beben los motivos de su respeto a la conciencia en cada niño. Guiados por ese espíritu, dice la Regla, «descubren, respetan y veneran, en la persona frágil del niño a la persona misma de Jesucristo y el precio de su sangre», e imitan espontáneamente la conducta de Dios para con la persona humana, ennoblecida por la presencia divina. Pues bien, dice el P. Caillet (primer sucesor del P. Chaminade en la dirección de la Compañía de María):

«Dios gobierna al hombre con respeto (Sabid. XII, 18). Le ha creado a su imagen; mora en él por la gracia; no emplea con él ni apremios ni violencias, y aunque es omnipotente, no pone la menor traba a su libertad. ¿Qué mejor método de gobierno para su clase podría emplear el maestro que el que Dios emplea para regir el mundo, es decir, tratar a sus alumnos con el mayor respeto?»

«El niño, como el adolescente, escribe el P. Domingo Lázaro, es una persona que posee los atributos y la potencialidad de una persona. Quien dice «persona», dice pensamiento y voluntad libre, sagrada e inviolable, ante la cual Dios mismo se detiene con respeto. He aquí por qué mis alumnos no son cosas, y no puedo tratarlos como cosas, sino que debo tratarlos como personas con sus atributos, sus derechos y sus virtualidades. No son para mí o para sus padres, ni juguetes agradables, ni instrumentos molestos, ni objetos de los que podemos disponer según nos venga bien, y menos aún según nuestro capricho. Mi autoridad sobre ellos, aun cuando haga falta

castigar para corregir sus defectos, o extirpar sus vicios, no puede ser ni arbitraria ni tiránica.» (*P. Domingo Lázaro*, Director bien conocido del Colegio del Pilar, fundador de la Rev. ATENAS.)

Un educador debe respetar las leyes de la evolución física y psíquica del niño y del joven, porque son ellas la obra misma del Creador. Las leyes del mundo sobrenatural no están en contradicción con las del mundo natural. So pretexto de enderezar las tendencias falseadas por el pecado original, un maestro no puede, pues, ni violentarlas ni aniquilarlas; debe, en conciencia, someterse a las leyes psicológicas que rigen su desenvolvimiento como también su enderezamiento. Cuando se las reprime brutalmente, ellas hurtan el bulto solamente y se refugian en la penumbra de la subconsciencia, con peligro de falsear durante la vida entera el comportamiento moral del hombre, y de satisfacerse tomando sesgos inconfesables, y, a menudo, hasta bajo apariencias de pretendidas actitudes sobrenaturales. Siempre repugnará al marianista el formar autómatas, con todos los perfeccionamientos posibles si se quiere, porque no hay cosa más refida con los métodos divinos que la fabricación en serie...

«Su clase, sigue diciendo el P. Lázaro, no es para él un rebaño, ni sus alumnos son números anónimos; ve en cada cual una personalidad singular con sus cualidades, sus defectos, con sus virtualidades individuales y con su destino providencial propio.»

«Está convencido de que la educación es una obra tan íntima que debe ser siempre individual» (*P. Simler*). «Jamás cederá, por ambición de un éxito rápido, a la tentación de adelantarse a la naturaleza y de precipitar de modo anormal el desarrollo del niño, sustituyendo su propia actividad a la actividad espontánea del niño» (*P. Kieffer*), porque «sabe que no todos recibimos la misma medida de gracias y que le basta a cada uno ser tal como Dios le quiere; cuida pues de no rechazar como malo lo que no es del todo bueno», como dicen nuestras Constituciones (art. 267). Semejante respeto eleva al niño a sus propios ojos, haciéndole comprender que lo que se estima en él es, ante todo, su alma inmortal, creada a imagen de Dios» (*Simler*).

Estos grandes principios de la fe han guiado siempre la pedagogía marianista. Nuestros mejores educadores han sabido crear confianza en las almas, dilatarlas, inspirarles el respeto de sí mismas, liberarlas sin violencia de las garras del egoísmo, para darles madurez. «Educar, decía el P. Lalanne, es ayudar activa y respetuosamente al alma, a despertar, purificar, rectificar, valorizar y orientar hacia su verdadero objeto todas las virtualidades de la naturaleza humana.» A la violencia, el maestro marianista preferirá siempre la persuasión porque ve en aquella una explotación de la debilidad del niño y del adolescente, una violación de su libertad interior.

En una época en que los argumentos «contundentes...» se empleaban comúnmente hasta por los mismos santos, el P. Chaminade se opuso siempre a los castigos corporales o a las penas irritantes. Si exigía una «disciplina vigorosa» querfala «llena de unción». La férula cuyo empleo en aquel entonces era permitido, bajo determinadas condiciones, en los primeros Métodos de la Congregación, no tardó en quedar prohibida por la Administración General (1854). Por otra parte, los sarcasmos, las novatadas,

las humillaciones públicas y las órdenes absurdas, que desfloran en los niños la estima legítima de su propia dignidad, fueron siempre repudiadas con energía, aunque no todos los maestros tuvieran siempre bastante dominio de sí mismos para seguir tan sabias normas. La tentación del «orden por el orden», la obsesión del éxito inmediato, el deseo de vivir en paz, a veces hasta el deseo inconsciente de dominar y hasta de sufrir, son causa de que a veces se olvide que las soluciones de efecto inmediato no son, de ordinario, ni las más educativas ni las más eficaces a largo plazo.

«Es posible, en efecto, acudiendo a los medios coercitivos, a las reprimendas violentas, a los castigos exagerados, aniquilar una voluntad, o al menos meterla en cintura, obligarla a rendirse sin condiciones o a doblegarse como ante una fatalidad ineluctable: éxito es éste de domador de fieras, pero no triunfo de educador» (*P. Kieffer*).

«Tales procedimientos corren peligro hasta de desflorar las cualidades naturales del niño y el respeto que debe a su propia dignidad. De hecho, «toda vigilancia anormal y quisquillosa que, so pretexto de hacer imposibles las faltas, hiere el sentimiento que el niño debe tener de su dignidad, que le incita a la rebelión interior y le hace tomar la costumbre de no gobernarse sino por el temor, y en modo alguno por su conciencia, debe condenarse: pues ella deforma en vez de formar, deprava en vez de moralizar, hace rebeldes o cobardes en vez de hacer hombres libres y conscientes de sus deberes... La severidad excesiva produce a veces en una vida joven el efecto de una escarcha en las yemas de los árboles que están a punto de abrirse. Más vale pues, a veces, resignarse a ciertas faltas exteriores y materiales. Si la vigilancia tuviese como fin hacer materialmente imposible toda falta, oponiendo a la libertad del niño barreras casi insuperables... se acabaría por usar procedimientos que, en vez de ser educativos, correrían peligro de ser degradantes... Aun cuando se llegasen a suprimir las faltas materiales no se suprimiría la «voluntad del mal; muy al contrario, el obstáculo que se yergue siempre ante la voluntad, acaba por ser irritante; se convierte en una excitación perpetua a obrar el mal». Por otra parte, el niño no tendrá siempre a su lado un vigilante. Si no ha sido formado para la libertad, se conducirá toda su vida como un ser amoral, indiferente entre el bien y el mal, pronto siempre a tomarse el desquite de la violencia que le impone el ojo del maestro. ¿Quién dijo aquello de: Cuando los guardias civiles van a acostarse, mi conciencia se adormece con ellos?... El progreso de la moralidad no reside en la disminución numérica de las faltas, sino en el desarrollo y extensión de la voluntad de obrar bien. Tal es el fin de la educación» (*Kieffer, passim*).

• • •

«Sin renunciar a la vigilancia y al recurso del temor filial, que es el principio de la sabiduría, el marianista entiende prolongar y completar sus efectos por medio de la persuasión y de la confianza, a fin de hacer aceptar libremente el esfuerzo, reconocido como bueno y útil. Sin suprimir el regla-

mento, se afana por lograr que el niño lo lleve dentro de sí mismo y se esmera en despertar su conciencia para que la sustituya gradualmente a la voluntad del maestro, cuya acción directa se va esfumando de día en día.

Su acción debe, pues, ser discreta como la gracia. Su espíritu de fe debe recordarle que Nuestro Señor no obraba de otro modo. Nunca trata a los hombres como si fueran números, ni halaga sus instintos para captar mejor su adhesión; nunca fuerza el santuario de su libertad, sino que crea en torno a ellos una atmósfera de confianza y de ideal que favorece la eclosión de una decisión libre. Así, por ejemplo, no insistió ante la negativa del joven rico, porque le repugnaba hacer un llamamiento a otros sentimientos que al amor. Si a veces amenazaba o inspiraba el temor, era por consideración a la debilidad humana, demasiado replegada todavía sobre sí misma para comprender el lenguaje del amor. Pero no se detenía en ese temor, que no es más que el principio o la introducción del amor. Sabía aguardar la hora y contar principalmente con su ejemplo, su doctrina y su gracia para extender el reinado de Dios en las almas. Pues bien, en su fuero interno, o en su conciencia, el niño, a pesar de su debilidad, es tan soberano como el adulto. El maestro no puede penetrar en él sino por la persuasión. Importa «hacer comprender a los alumnos que son razonables, que pueden hacer más de lo que se les pide, que por su trabajo y su conducta deben prepararse un porvenir mejor, que no hallarán la felicidad sino en el testimonio de una buena conciencia y en el imperio que ejerzan sobre sí mismos: he ahí lo que hace la verdadera educación» (Simler).

«El buen maestro no se siente desconcertado: sigue a sus alumnos hasta que ha dado con la cuerda sensible o el momento oportuno; entonces le hace volver de su extravío, tomándole sobre sus hombros y no quebrándole las piernas; en último análisis, hay que actuar sobre el corazón, si se quiere obtener algún resultado» (Simler).

No hay educación sin comunión de almas. «El alma que llega al alma», decía el P. Kieffer, he ahí la fórmula de todo método pedagógico que aspira a acertar en la formación y desarrollo del ser moral.» «No tengo otro secreto», decía el P. de Lagarde, que el de obrar sobre las conciencias.» Repetía a menudo que si lograba algunos resultados excelentes eran debidos al director de almas más que al director de Colegio, y que el día en que ya no pudiera penetrar en las almas mediante esas confidencias íntimas y sagradas, se consideraría obligado a renunciar a la dirección del Colegio, ya que todos los demás medios de acción juntos y reunidos no valían a sus ojos la acción del director de almas.

La recomendación que el P. Lázaro hacía incansablemente a los educadores, tanto en sus conversaciones privadas como en sus conferencias y libros, era: «Llegar a insinuarse en el espíritu y corazón del niño, con delicadeza, con respeto y tacto infinito, con el fin de que allá en el fondo de su alma ayuden al niño a conocerse y a hacer que vayan abriéndose totalmente las virtudes naturales y sobrenaturales que existen en potencia.»

En la educación religiosa de los alumnos, de un modo particular, los marianistas

nunca fueron partidarios del apremio o de la violencia. Fieles discípulos del P. Chaminade, «preferen *insinuar* los sentimientos de piedad». Desde el origen, surgió ante su espíritu el problema de la misa diaria obligatoria, para sus alumnos; ahí donde se ha conservado, se han esforzado por hacerla comprender y amar por los alumnos. Por respeto a la libertad individual, siempre ha habido cierta repugnancia para imponer una práctica de masa y recurrir a ciertas propagandas bullangueras que corren peligro de violar las conciencias. Como decía el P. Leber, subdirector del Colegio Stanislas de París, se procuraba trabajar, mediante la persuasión y la instrucción, para que el alumno se hiciese cada vez más digno de gozar de la libertad y más apto para hacer uso de ella.

Se tiene más fe en la acción de una atmósfera de piedad que en la influencia de la presión; se prefiere la lección del ejemplo a la del reclamo. «dando una lección cristiana en cada palabra y en cada gesto»; se da más importancia a los sacrificios voluntarios libremente consentidos que a las mortificaciones colectivamente impuestas; se repudian, instintivamente, los medios de presión que son «las encuestas realizadas a la manera de jueces de Instrucción, la obligación impuesta a un niño de denunciar a sus compañeros, el examen de sus papeles íntimos, cosas todas que son un atentado a la debilidad del niño, con peligro de herir para siempre lo más íntimo de su ser» (*Kieffer*).

«El P. de Lagarde no pedía a sus alumnos que denunciasen a sus compañeros, cuando se trataba de asuntos disciplinarios. El sentimiento del honor le inspiraba vivísima repulsión, un verdadero horror hacia cuanto olía a delación. Lejos de acudir jamás a ese medio en las dificultades disciplinarias con los alumnos, declaraba altamente que la delación es una cobardía y una bajeza; que no la quería para nada en el gobierno del Colegio, y que cuando revelaciones de ese género llegasen hasta él en esa forma, no se serviría de ellas; y en ese punto, su proceder jamás desmintió sus palabras. Con mayor razón rechazaba de plano toda denuncia anónima. Cuando en una manifestación ruidosa, o fuera de lugar, los culpables no habían podido ser identificados por los vigilantes, el director tenía costumbre de hacer un llamamiento a la lealtad de los alumnos, podiéndoles que declarasen ellos mismos la parte que habían tomado en el desorden, y recordando siempre que la confesión de una falta honra o al menos rehabilita al culpable» (*Simler*).

Desde los principios, siguiendo el ejemplo del P. Lalanne, todos nuestros establecimientos reemplazaron la clasificación escolar, es decir, la que tiene cuenta de los resultados intelectuales exclusivamente, por una clasificación que tenía en cuenta, como lo hace Dios mismo, la buena voluntad y la aplicación de cada cual. La misma bondad y la cortesía que el P. Chaminade recomendaba a sus religiosos en sus relaciones con los alumnos contribuían a que fuese mejor acogido el mensaje religioso que ellos debían transmitir. Bien sabía él que no habría medio de acertar con un alma cuyo aprecio y amistad no hubiesen sido previamente ganados hasta cierto punto.

• • •

El respeto debido a la libertad y a la conciencia del niño nos prohíbe, pues, im-

ponerle actitudes exteriores si no hacemos antes todo lo posible por ganar su consentimiento interior. A partir de la edad de la discreción, no se acierta a crear en él hábito alguno, mientras su conciencia oponga alguna resistencia. ¿Quiere eso decir que haya que dejar rienda suelta a su libertad, todavía vacilante? Ni mucho menos. Se debe ayudarle a conquistar esa libertad. Mientras tanto—y es ése el principio más caro a la psicología contemporánea—hay que lograr que se trabaje a sí mismo; el maestro debe despertar su iniciativa y guiarle por motivos gradualmente más elevados. «Nada se logra en la educación moral, dice el P. Simler, mientras no se escuche la conciencia como la voz de Dios, del honor y de la dignidad personal» (Simler). Lo que el maestro hace por sí mismo es poca cosa; lo que hace hacer libremente, eso es todo: la acción personal del niño, a eso hay que tender siempre. Nunca se educará a un niño sin él mismo ni a pesar suyo.

Educar a un niño es ayudarle a caminar libremente hacia el noble destino que es su fin. Se debe pues ganarle la voluntad, hacer que quiera, escoja y ame el bien y deteste el mal; eso está por encima de toda fuerza material... Nuestros grandes educadores hablan un lenguaje que no desdefiarían los partidarios de los principios modernos:

«Vuestros alumnos, vuestros hijos, he ahí vuestras joyas, vuestra corona, vuestra honra. Vuestro primer deber es estimarlos, como los estimó su Padre celestial, cuyos representantes sois; vuestro segundo deber es hacerles cada día más dignos de estima, desarrollando en ellos los gérmenes de su dignidad. Habéis de educarlos: no temáis confesar ante ellos que no podéis nada sin ellos. Cuando hayáis logrado convencer a vuestros hijos de que nada les honra, como nada les envilece, sino lo que sale de ellos mismos, habréis puesto la base más sólida de la alta educación, habréis penetrado hasta las profundidades del alma; impediréis el mal en proporción mayor que el vigilante más hábil, y provocaréis, por otra parte, actos de virtud, tanto más fecundos cuanto que se realizarán en lo íntimo de la conciencia» (Vida del P. de Lagarde).

El niño y el joven deben, pues, educarse a sí mismos, puesto que no se asimila verdaderamente sino lo que uno mismo ha encontrado, experimentado y decidido por sí mismo. En tal caso, ¿cuál es el papel que todavía le queda al educador? Lo ha precisado de manera excelente en varios artículos pedagógicos publicados en «Atenas» y que llamaron poderosamente la atención, nuestro querido colaborador de la Administración General, el R. P. Francisco Armentia, que aunque ausente de Madrid, vive seguramente estos días con el pensamiento en el Colegio del Pilar, al que ha consagrado lo mejor de su vida.

Después de haber demostrado que la iniciativa debe salir del niño, define largamente el papel del educador. Este «debe inducir al niño a educarse a sí mismo; no puede, sin embargo, contentarse con el mero papel de espectador pasivo, como tampoco puede forzarle a adoptar actitudes exteriores que no sean eco o reflejo fiel de sus disposiciones interiores». Como consecuencia, el maestro debe despertar en el niño esa tendencia instintiva que le lleva a ser cada día más totalmente hombre; indicarle siempre los motivos de una corrección merecida, para que pueda asimilarlos a su ser profundo; preferir la persuasión y la bondad familiares a cualquier otro método;

inspirar, en fin, al niño confianza en sí mismo, persuadiéndole de que es capaz de realizar lo que se le pide...

* * *

En el mundo moderno, el respeto de la personalidad humana se esfuma cada vez más, no sólo en los campos de concentración y con el empleo de los «sueros de verdad», sino también por efecto de la inmoralidad de las propagandas que exacerban la sensibilidad, con el fin de aniquilar el espíritu crítico y el juicio moral; por el conformismo intelectual, generalizado por las modas y la opinión pública; por el anonimato de las grandes administraciones, que tratan al individuo como un número y le dejan sin contacto personal con los que mandan; en fin, por el abuso del espíritu técnico, que considera al hombre como un mero instrumento de producción y progresivamente le hace cada día más inconsciente de su propia mutilación, ofreciéndole cada vez mayor cantidad de bienes de consumo estandarizados y de placeres atolondradores. En semejante mundo es más urgente que nunca que inspiremos a nuestros alumnos, por nuestro propio respeto de su personalidad, un respeto tal de su dignidad y de su libertad humanas y cristianas, que las cultiven interiormente, las defiendan contra todas las causas exteriores de degradación y se esfuercen ellos mismos, en cuantas ocasiones se presenten en la vida de relación, por tratar a los demás hombres, no como medios, sino como fines en sí mismos. Ellos reconocerán la sinceridad de nuestras palabras por el respeto que nosotros mismos manifestemos hacia su propia personalidad.

Tales son los rasgos principales que los marianistas han tratado de realizar siempre y que imprimen en aire de familia a todos los establecimientos marianistas a través del mundo. Durante mis visitas a los Centros marianistas de los cinco continentes, los padres mismos de familia me los indicaban espontáneamente. Todavía una vez más, lejos de presentarlos como exclusivos, los propongo como una tendencia característica y a título de noble emulación con los otros Institutos religiosos docentes, tan beneméritos y tan eficientes en la educación de la juventud española, a la que Dios y la Virgen bendigan.

«GUIA DIDACTICA DE LENGUA Y LITERATURA
ESPAÑOLA EN EL BACHILLERATO»

PEDIDOS A:

PTAS.: 40

REVISTA «ENSEÑANZA MEDIA»

CONTRIBUCION DE LA COMPAÑIA DE MARIA A LA EDUCACION DE LA JUVENTUD

«Las obras principales marianistas son las relacionadas con la Enseñanza, en todas las formas y en todos los grados» (Const., art. 263). «Pero la Compañía de María no enseña más que para educar y si recibe e instruye a los niños, es para hacer de ellos buenos cristianos» (Id., art. 272).

«Las obras de la Compañía permiten a sus miembros extender la acción apostólica sobre toda la vida del hombre, tomándolo desde su edad más tierna y continuando su educación hasta entregarlo en manos de Dios» (Id., artículo 281).

De ahí la universalidad de sus tareas en el campo de la educación. Su ideal, aún no alcanzado, de una expansión educadora sin límites en el tiempo y en el espacio, sin distinción de condiciones, de edades ni de razas.

Ha sido tradición de la Compañía, desde sus orígenes, el modernizar y renovar sin cesar los métodos, viviendo en constante alerta para el perfeccionamiento y mejora de aquéllos y de sus instalaciones en materia de Enseñanza.

Así se comprende que poco después de su fundación, tuviera a su cargo obras de tanto relieve como el célebre Colegio Stanislas de París y los primeros Centros de educación de Norteamérica, con la Escuela de Agricultura de Saint Remy, luego trasladada a Suiza, cerca de Friburgo.

Otra de las primeras glorias de la Compañía de María fueron los Colegios del Japón, actualmente casi todos en manos de marianistas naturales del país. Y recientemente la Misión del Congo belga, con la formación de maestros indígenas para su actuación en plena selva africana.

Las obras marianistas están hoy diseminadas por los cinco Continentes: España (29 Colegios), Francia (36 Colegios), Bélgica (tres Colegios), Suiza (10 Colegios), Alemania (tres Colegios), Austria (nueve Colegios), Hungría (dos Colegios), e Italia (ocho Colegios), en Europa. Marruecos, Túnez, Nigeria y Congo en Africa. Argentina, Chile, Perú, Norteamérica (58 Colegios), y Canadá en el Nuevo Mundo. Japón (ocho Colegios), en Asia e Islas Hawai en Oceanía.

Los alumnos de Primera Enseñanza atendidos por la Compañía de María pasan de los 20.000. Los de Segunda Enseñanza son cerca de 40.000. Los de Enseñanza Universitaria, más de 10.500.

La Primera Enseñanza vive al lado de los

Colegios de Enseñanza Media en calidad de aspirantes a ésta. Sin embargo, hay un buen porcentaje de niños en Escuelas gratuitas, obras parroquiales y propiamente de Enseñanza Elemental, con tendencia a una formación primaria superior o escuelas profesionales.

En el aspecto social y merced a la estructura especial de la misma Compañía, compuesta de sacerdotes, profesores y técnicos profesionales, se trata de aumentar el sector destinado a Escuelas de Artes y Oficios, precisamente con una más amplia actuación de esa tercera categoría de componentes, tan característica de la Fundación.

También en el sector de la Primera Enseñanza, la Compañía tiene una tradición de gran relieve en el aspecto de las Escuelas Normales. Ya en tiempos del propio Fundador, hace más de un siglo, eran estas obras las preferidas. La preparación de buenos maestros constituyó en él una verdadera obsesión, ante las necesidades de la sociedad de su tiempo. Las mejores empresas apostólicas de la Congregación recién creada, eran precisamente las Escuelas Normales.

Esta tradición, si bien en menor escala, a causa de la mejor organización estatal de las naciones en este punto, continúa entre las obras actuales de la Compañía, especialmente en Suiza, Austria y países de misiones, como en el Congo belga y la selva del Perú. Estas últimas son altamente interesantes en estos tiempos: la Misión consiste en la formación de buenos maestros indígenas a fin de que convenientemente preparados, puedan llevar al interior de los poblados una instrucción elemental que redima de la ignorancia a esos seres menos afortunados, haciendo de ellos al par que cristianos, ciudadanos civilizados para esos países en evolución.

Es una labor que los mismos indígenas aceptaron con afán, acudiendo con verdadero interés, en régimen de internado, a capacitarse y desempeñar luego tan noble profesión, cerca de sus hermanos de raza, con una abnegación admirable. Su aplicación durante el período de aprendizaje es igualmente llamativa: demuestran todos un empeño y una afección tan grandes que las plazas están siempre ocupadas.

Es el terreno de la Enseñanza Media o secundaria, el sector más nutrido entre las obras de Compañía de María. La educación se desarrolla en todas las diversas formas que reviste este grado en los diferentes países civilizados: Ba-

chillerato elemental y superior, High Schools, Liceos y Gimnasios.

También en este aspecto procura la Compañía actuar de acuerdo con los últimos avances de la psicología y de la pedagogía, en la medida que los programas oficiales y la libertad de movimientos se lo permiten en los diferentes nacionalidades. A este efecto tiende a proporcionar a sus alumnos las enseñanzas complementarias más al día, ya sea en el sector de la educación física y deportiva, en el literario y artístico, en lo social y sociólogo, de acuerdo con las necesidades y preocupaciones de la actualidad. De igual manera se atiende preferentemente a la formación moral y religiosa eficaz, con miras a conseguir una auténtica profesión de la fe cristiana en las ideas y en la actuación humana en general.

Citaremos como exponente de estas actuaciones, en los diversos aspectos formativos: la Inspección médica organizada con éxito en varios Colegios y su complemento la Gimnasia médica. En el terreno intelectual, los museos, laboratorios y bibliotecas notablemente provistos y atendidos. La enseñanza de idiomas a través de métodos intuitivos, v. g., películas, documentales, viajes al extranjero, audiciones con discos, magnetofón, etc.

Mención especial merecen los laboratorios de psicología aplicada donde se ausculta por medio de tests psicométricos y de psicología proyectiva las cualidades así como las dimensiones de la personalidad de los muchachos.

En cuanto a la Enseñanza universitaria, la Compañía cuenta con cuatro centros bien nutridos y acreditados: Dayton y San Antonio, en Estados Unidos; Honolulu en las Islas Hawái y en Ponce (Puerto Rico).

Esta última tiene particular interés para nosotros a causa de la lengua y afinidad racial. Tiende a recoger los estudiantes de Hispano-

América que actualmente se dirigen a Estados Unidos y a dar mayores facilidades en los estudios, por ser la enseñanza bilingüe.

Apenas data de algunos años acá y cuenta ya con 4.000 estudiantes, en varias Facultades; el número de ellas se ampliará sin mucho tardar.

Consecuente la Compañía de María con sus principios de tomar a los niños desde pequeños y no dejarlos hasta ponerlos en manos de Dios, aparte la enseñanza en sus diversos grados, tiende a asegurar su influencia educadora en obras postescolares, para la realización de aquel ambicioso ideal apostólico.

En primer lugar cuenta con las Asociaciones de Antiguos alumnos con las que actúa de forma que no sean un mero registro de exalumnos. Para ello trata de que esa condición comporte ventajas morales, culturales y sociales de todo género, a fin de continuar su obra formadora más allá del colegio, del que a decir del señor Pemán, no se sale nunca. Algunas realizaciones positivas están ya en marcha como Mutualidades y obras de asistencia social, en varios países donde la Compañía ejerce su misión.

En Madrid se halla también organizada una Congregación universitaria que puede dar pronto frutos relevantes en la formación de la juventud postescolar.

En América hay Asociaciones de Familiares de los religiosos marianistas con unas actividades dignas de imitación y que pueden contribuir a la difusión de la acción educadora de la Compañía de María con gran influencia en la sociedad actual.

Esta es, a grandes rasgos, la obra marianista en el campo de la educación, al servicio de los diversos países donde coopera a un eficaz engrandecimiento religioso, moral, cultural y social de todos ellos.

BENITO MORAL.

TEMAS DE LOS EXAMENES DE GRADO 1958

Los Temas de Exámenes de Grado, propuestos en las convocatorias del actual año de 1958 (junio y septiembre), serán publicados en el próximo mes de octubre, para ser enviados a quienes los soliciten EN PRIMERO DE NOVIEMBRE. Comprenderán los mismos volúmenes que en 1957 y los precios serán aproximadamente también los mismos. Los pedidos habrán de dirigirse a la Revista «Enseñanza Media»: Inspección Central de Enseñanza Media, Ministerio de Educación Nacional, Alcalá, número 38. Madrid.

BREVE HISTORIA DE LA COMPAÑIA DE MARIA (MARIANISTAS)

Su Fundador: el Reverendo Padre Guillermo José Chaminade

El Fundador de la Compañía de María —llamada de París para distinguirla de sus homónimas—, es el R. P. Guillermo José Chaminade.

Nació el 8 de abril de 1761 en Périgueux, de familia burguesa, siendo sus padres Blas Chaminade y Catalina Béthon.

Hizo sus primeros estudios en Mussidán y los completó en la Universidad de Burdeos, coronándose con el título de Doctor en Teología que recibió en París. Antes de ordenarse de sacerdote, se consagró a la educación en el Colegio de Mussidán, demostrando en plena juventud una piedad sólida e ilustrada, una prudencia superior a sus cortos años y una voluntad inquebrantable en el cumplimiento del deber.

La Revolución.—Entregado a las pacíficas tareas de la enseñanza, le sorprendió la Revolución y cerrado el Colegio donde profesaba, dirigióse a Burdeos, pues en esta ciudad pensaba frustrar más fácilmente la persecución de los revolucionarios, a la que era imposible escapar en Mussidán.

Hay, en esta época en su vida, episodios que revelan un temple de alma heroico, digno de los más grandes Santos. No era jactancia de intrepidez ni desprecio de la muerte, puesto que la prudencia ha sido siempre una de sus más sobresalientes virtudes, sino el celo ardiente de la salvación de las almas que se manifiesta evidentemente en la grandeza incomparable de su espíritu que inspira a los verdaderos apóstoles actos en que busca en su fe, inspiración y alientos. Sin embargo, no puede tildarse de temeraria su conducta. Tenía doble domicilio, uno legal y otro efectivo, con objeto de sustraerse más fácilmente a las pesquisas del Gobierno; había tomado como criados a un jardinero, «sans-culotte» declarado, que no podía infundir en los patriotas la más leve sospecha, reconocido como era su fervor revolucionario, y a una mujer de avanzada edad, viva, despierta sumamente charlatana, que sabía entretener oportunamente y despistar a los finos sabuesos de la policía. Por último, un perro, bien amaestrado, daba la voz de alarma, en cuanto husmeaba la presencia de alguna persona extraña a la casa. La experiencia demostró en repetidas ocasiones que este lujo de precauciones no era vano.

Un día, del modo más impensado, hicieron irrupción en la casa los agentes de la autoridad; no hubo manera de prevenir su entrada y ocultar al P. Chaminade en uno de los varios escondites que, en previsión de estas peligrosas alarmas, se habían practicado.



R. P. GUILLERMO JOSE CHAMINADE.

La vieja doméstica, no por ello perdió su sangre fría; mandó al pobre sacerdote se echara al suelo e invirtió sobre él un cubo de lavar la ropa. Penetran los agentes en la estancia con aire de triunfo, pero de pronto se quedan en el más completo desconcierto; no encuentran más alma viviente que la anciana criada que trabaja afanosamente y que a su entrada se encara con ellos y con gesto torcido les pide cuenta de aquel allanamiento de morada que nada justifica. Los corchetes la

conminan para que les diga dónde para el «calotín» a quien tienen que arrestar, pero sus gritos y amenazas no hacen mella en la vieja, la cual, con un aplomo desconcertante los invita a registrar la casa de arriba abajo. Por fin, se deciden a hacerlo de mala gana, hasta que desesperados, no encuentran más medio de consolarse de su fiasco que hacer algunas libaciones que la buena anciana les sirve con presieza y desenfado. Se sientan, pues, en derredor del cubo que hace oficio de mesa y se desquitan así del mal humor que les ha producido su malograda empresa. Fácil es adivinar las angustias del pobre prisionero, pues, como él decía gráficamente más tarde, «solamente el grueso de una tabla le separaba del cadalso».

A tamaños peligros se exponía diariamente para poder prestar los auxilios de la religión a los fieles, privados de todo religioso público y aún oculto, pues la inmensa mayoría de los sacerdotes habían huido o habían sido asesinados. Tenía que acudir a los más ingeniosos recursos para burlar la vigilancia policiaca y así se le veía, disfrazado de calderero, por ejemplo, recorrer las calles de Burdeos con paso flemático, lanzando con su vez segura los gritos de los del oficio. Algunos chiquillos despiertos y bien aleccionados, le acompañaban, le prevenían cuando amagaba algún peligro le enteraban de las casas donde era necesaria la presencia del sacerdote y entonces, el P. Chaminade podía dedicarse con relativa tranquilidad al ejercicio del santo ministerio, consolando a los enfermos, confesando, administrando el Santo Viático o santificando alguna unión matrimonial.

Misión delicada.—En 1795, al iniciarse el período de calma que siguió a los primeros años de la Revolución francesa, se le encomendó, a pesar de su juventud, la delicada misión de reconciliar con la Iglesia a los sacerdotes juramentados, es decir, a los que habían prestado juramento a la Constitución jansenista de la Revolución. Este cargo exigía una discreción y un tacto extraordinarios. El P. Chaminade lo desempeñó con satisfacción general, auxiliado por su prudencia, su moderación y su profunda humildad.

Destierro en Zaragoza.—Pero este ministerio hizo que se destacara, más aún, su figura sacerdotal entre el clero de Burdeos, y así es como al renovarse la tormenta revolucionaria, el año 1797, ante la imposibilidad de ocultarse a sus perseguidores, tuvo que emprender el camino del destierro y se vino a España, a la ciudad de Zaragoza.

En los tres años que pasó en la hospitalaria ciudad, escogida por él a causa de la eminente devoción de que en todo tiempo había dado prueba a la Virgen del Pilar, hizo conocimiento de lo que él mismo llama «las tres terribles hermanas»: la pobreza, el sufrimiento y la humildad. Sus recursos materiales eran tan escasos que tuvo que dedicarse a fabricar estatuitas y flores artificiales, con los productos de cuya venta satisfacía sus módicas necesidades. Así se operaba en su alma una verdadera y profunda labor de desprendimiento y purificación que le preparaba a la realización de sus providenciales destinos.

Lo restante del tiempo lo invertía en la meditación —generalmente en la Santa Capilla—, en el estudio para aumentar su cultura eclesiástica, ya considerable, y adquirir un conocimiento profundo y exacto de las reglas de muchas Ordenes religiosas establecidas en la capital de Aragón o en sus alrededores. Entonces estudió detenidamente las Constituciones de Benedictinos, Franciscanos, Dominicos, Agustinos, Jerónimos, Carmelitas, Trinitarios, Escolapios... y procuró penetrarse de su peculiar espíritu. Allí se fueron precisando sus proyectos de creación de una Congregación religiosa, alimentada por el espíritu secular de la vida monástica, pero más adaptada a las necesidades urgentes de una sociedad hondamente conmovida y transformada por la Revolución, de una Congregación consagrada a María, en la que reinara juntamente con el fervor de los primitivos, una gran flexibilidad de formas.

¿Hubo entonces alguna comunicación sobrenatural que le alentara en sus planes? No puede afirmarse de una manera categórica. Hombre humilde y, naturalmente, muy reservado, el P. Chaminade rehuía cualquier declaración que pudieran alzarle en la consideración de los demás. Alguna palabra suya, sin embargo, que se le escapó muchos años más tarde, parece insinuarlo, sin distar completamente la duda. «Tales os veo ahora, decía a sus Religiosos, tales os he visto en el Pilar mucho antes de fundarse la Compañía».

Regreso a Francia.—En septiembre de 1800, pudo volver a Francia. Continuaba madurando sus proyectos, pero sin precipitaciones que pudieran parecer afán de anticiparse a las miras de la Providencia; muy al contrario, esperaba pacientemente que las circunstancias le revelaran su divino benéfico. Por eso siguió desempeñando cargos eclesiásticos y se consagró con su celo habitual, a renovar el fervor religioso en la ciudad de Burdeos, crean-

do al efecto múltiples obras. Entre éstas, destacan sus famosas Congregaciones de la Santísima Virgen, asociaciones de piedad cuyas notas características eran la unión de todas las clases sociales sin distinción, inspirada en la verdadera caridad cristiana y el espíritu apostólico intenso que debía enardecer a sus miembros. Se comprende que estas asociaciones infundieran en las almas un cristianismo fervoroso y formarían materia apta para más levalladas empresas. En efecto, el P. Chaminade no se contentaba con una vida cristiana mediocre, sino que impulsaba a los congregantes más fervientes a practicar virtudes más altas y aun a emitir verdaderos votos religiosos, aunque de carácter privado.

Fundación de la Compañía de María.—Pero el P. Chaminade no abandonaba su idea primitiva; quería crear una verdadera Orden religiosa. Juzgo que había llegado la hora de la Providencia, cuando M. Lalanne, uno de los más caros congregantes y de los más sobresalientes por su talento y cultura, se le ofreció incondicionalmente, dispuesto a secundar sus piadosos proyectos. Sucedió esto el día primero de mayo de 1817. En este día se echaron las bases de la futura Compañía de María, después de veinte años de profundas reflexiones. Así sabía el P. Chaminade acatar los designios de Dios, revelados por las circunstancias. «Esto es, exclamo emocionado por la declaración de M. Lalanne, lo que estaba esperando hacia mucho tiempo ¡Bendito sea Dios!» Entonces explico a su querido discípulo como era su designio crear una Congregación en que reviviera el fervor de los primitivos cristianos, pero sin formas monásticas, sin nombre, sin hábitos, sin existencia civil, en cuanto fuera posible.

Este santo y atrevido pensamiento fué pronto secundado por otros congregantes, y el 2 de octubre de 1817, último día de unos santos Ejercicios, siete personas constituían la primera comunidad de Religiosos marianistas. En tan reducido número, estaban representados los múltiples elementos de la futura Congregación: dos se destinaban al sacerdocio, uno era profesor, otros dos comerciantes y los dos restantes ejercían un oficio manual.

Últimos años.—En adelante la vida del padre Chaminade se absorbe en la organización y progresivo desarrollo de esta última fundación, así como de la Congregación de mujeres, conocida con el título de Instituto de las Hijas de María Inmaculada que había fundado un año antes. Pero debido a su celo

universal y a una actividad incansable, no se desentendió totalmente de los fieles de Burdeos y de las múltiples obras establecidas por él, las que, según testimonio del abate Rigagnon, «abaraban lo más cristiano de la ciudad». Alguien ha llamado al P. Chaminade «el San Vicente de Paul de las obras católicas de principios del siglo XIX»; tales eran la intensidad e iniciativa de su celo apostólico.

Contaba el P. Chaminade, al fundarse la Compañía de María (Marianistas) cerca de sesenta años; su fecunda existencia se prolongó todavía más de treinta años, hasta el 22 de enero de 1850.

«Un cristiano debe sufrir más que un simple hombre, y un Santo más que un cristiano ordinario, porque las pruebas se dan en proporción de las facultades, de las profesiones y de los destinos. Esta ley del ascetismo cristiano, formulada por San Agustín, se cumplió en el Fundador de la Compañía de María. Los últimos años de su hermosa vida se vieron acibarados por penas amarguissimas, destinadas, sin duda, por la divina Providencia, para dar a su alma los últimos toques de perfección consumada que había de asemejarla al alma de los Santos.

ORGANIZACION DE LA COMPAÑIA DE MARIA

Lo que da a la Compañía de María aire de originalidad son determinados caracteres que vamos a reseñar brevisísimamente y cuya explicación histórica está en las circunstancias especiales que rodean su fundación. No hay que olvidar que sus primeros miembros habían presenciado la gran catástrofe de la Revolución francesa y que, al iniciar su obra apostólica, se veían precisados a amoldarse a la nueva situación originada por aquella tremenda crisis social. Además, ciertos aspectos de la Obra, más que nuevos deberían decirse olvidados; en este caso más particularmente puede hacerse esta afirmación, ya que en algunos puntos, que no dejan de sorprender por su novedad, la Compañía no ha hecho sino volver al espíritu primitivo de las Ordenes Religiosas.

Atenuación de las formas monásticas.—En atenuar las formas monásticas puso atención especial el Fundador y lo consideraba como una condición de acierto para el apostolado de su Congregación. No quería que su obra tuviera ni siquiera existencia civil, aunque tuvo que ceder a las circunstancias y reclamar su aprobación del Gobierno francés (16 de noviembre de 1835). No dió hábito ninguno a

sus primeros religiosos, exigiendo tan sólo que su vestir fuera modesto. Más tarde, la experiencia ha demostrado la necesidad de la uniformidad en el traje pero sin dar a los vestidos aspecto conventual. Igualmente se suprimen en el trato social las denominaciones manásticas de Hermano, Reverencia, Fraternidad, etc., *sustituyéndose por los títulos corrientes de Don o Señor.*

No cabe duda que esta supresión de formas religiosas puede acarrear inconvenientes considerables. Por eso, el P. Chaminade exige *amp.la compensación en la formación religiosa de los socios de la Compañía y quiere que posean una vida interior intensa y que constituyan «una Orden religiosa en todo el fervor de los tiempos primitivos».*

Composición interna.—El P. Chaminade ha asociado íntimamente en su obra a sacerdotes, pudiendo éstos ser profesores o técnicos. Lo característico de esta unión no es la colaboración de estas clases de personas, cosa corriente en las más de las Congregaciones, sino la igualdad de derechos que a todos niveles, pues, salvo ciertos cargos que, por su índole especial reserva la Reg.a sea a los sacerdotes, sea a los no sacerdotes, cualquier socio puede ser llamado al desempeño de todas las funciones. Aunque en sí misma no sea ésta una idea original —basta recordar a los Benedictinos— constituye, sin embargo, una novedad, dada la época en que apareció la Compañía, y se comprende que llegara a despertar esta organización del personal algún recelo y aun provocara verdadera oposición.

Pero la experiencia demostró lo acertado de esta constitución. Además, el venerable Fundador no pretendía establecer una igualdad absurda: «unión sin confusión» era su lema. Colaboración de todos, pero conservando cada cual el puesto que le corresponde, sin pretender que unas funciones sean superiores a otras, sino todas igualmente necesarias al fin general. En otros términos, no era una simple yuxtaposición de elementos sociales heterogéneos, sino una penetración tan íntima e inteligente que, de su concertada actuación, resultara un verdadero organismo moral. El sacerdote debe mantener vivo el fervor en la Congregación y los no sacerdotes de una u otra categoría penetran en aquellos medios en que el hábito clerical puede inspirar prejuicios u hostilidad y abren el camino de las almas al sacerdote.

El P. Chaminade fundaba esta novedad en las nuevas relaciones, en las nuevas necesi-

dades, en el nuevo estado de las sociedades civiles».

Peculiar devoción a María.—Sería singular pretensión la de querer superar a otras Ordenes Religiosas en su devoción a María; nada justificaria semejante singularidad.

Lo único que la Compañía recaba para sí es el sentido y carácter especial que como Cuerpo social da a esa devoción. Su piedad, del todo filial a María, a imitación de la piedad del todo filial que le profesó su mismo divino Hijo, considérala la Compañía como «don especial que Dios le ha hecho» y que ha de cultivar con todo cuidado. Todo, en la Compañía, es manifestación directa o indirecta de esa piedad filial a la Virgen Inmaculada, y esa piedad filial inspira, impulsa y sostiene a sus miembros en su trabajo interior y en sus tareas apostólicas. La profesión de los votos se considera en la Congregación como una consagración a María. Por la emisión de los votos se constituye cada religioso en servidor e instrumento de la Santísima Virgen para la difusión del Evangelio y «la multiplicación de los cristianos». Sin esa consagración a María, la Congregación no tiene razón de ser y por eso su apostolado se cifra en este lema: *PEIT MATREM AD FILIUM*; por la Madre al Hijo. Tal es la idea fundamental que expresa el voto de «estabilidad», que es el cuarto de los que se emiten en la profesión definitiva.

Esta alianza eterna con María se exterioriza por el anillo de oro que llevan los Religiosos devotos perpetuos en la mano derecha.—S. M.

C R O N I C A

Cincuentenario del Colegio de Nra. Sra. del Pilar, en Madrid

El Pilar ha celebrado sus Bodas de Oro. Con tal motivo ha tenido lugar una serie de actos religiosos y académicos, celebrados el pasado mes de abril. Como iniciación a los mismos, una misa de Solemne Pontifical oficiada por el Excmo. R.dmo. Patriarca de las Indias Occidentales, Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Eljogaray. Fué presidida por el Superior General de los Marianistas, M. R. P. Paul Hoffer. Tomaron asiento en la presidencia, Asistentes Generales, Provinciales y algunas Autoridades locales. La nutrida concurrencia que llenaba la Iglesia de la Concepción exteriorizó de este modo una vez más su simpatía por la labor marianista realizada en la capital de España.

En fecha tan señalada quiso tenerse un recuerdo por los difuntos vinculados bajo algún

concepto con la Familia Marianista. A este efecto, celebróse una Misa de Réquiem.

Asimismo, y como colofón a los actos religiosos, la Capilla del Colegio fué escenario de una sencilla y conmovedora ceremonia. Bajo los auspicios de la Virgen del Pilar, congregáronse cuantas vocaciones religiosas habían brotado en las aulas del Colegio. Había representaciones de casi todas las Congregaciones y Ordenes religiosas. Una sentida allocución a cargo de don Lamberto Echeverría, Profesor y Decano de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad de Salamanca, hizo vibrar a sus compañeros de Colegio en el aprecio a su vocación. El R. P. Segovia, S. J., antiguo alumno también y Profesor de la Facultad de Filosofía de Granada impartió la bendición con el Santísimo Sacramento a todos los asistentes.

Entre los actos académicos la «Semana Internacional Pedagógica» constituyó un éxito. Fué debida a la iniciativa del Inspector de los Marianistas, don Victorino Alegre. Una cuidada selección de Profesores de las Universidades regentadas por los Marianistas y de Centros de Enseñanza Media nos deleitaron con interesantes ponencias sobre el sugestivo tema: «Momento actual de la Educación y de la Enseñanza». Cada conferenciante hizo alusión a su país. Inglaterra, Francia, Suiza, Austria, Alemania, Estados Unidos, Países Sudamericanos y Japón desfilaron ante nuestros ojos con sus problemas pedagógicos y aportando cada uno sus adelantos metodológicos y sus experiencias docentes avaiadas con el éxito. Un coloquio, auténtico «symposium» de carácter

pedagógico, animó las sesiones de interés verdaderamente notable. El último día, el Superior General de los Marianistas hizo una espléndida síntesis de las características fundamentales de la Pedagogía Marianista. Tanto la apertura de esta Semana Pedagógica como en días sucesivos la presidencia estuvo ocupada por altos dignatarios de nuestro Ministerio de Educación Nacional. El Director General, don Lorenzo Vilas, presidió la sesión inaugural, así como también el Director General de Arquitectura, señor Bringas. En días sucesivos representantes diplomáticos de las distintas Embajadas nos honraban con su presencia, representando al país del ponente y sobre el cual versaba la conferencia.

Finalmente, una recepción tuvo lugar en este programa de actos. Sirvieron de marco los jardines del Colegio. Como preludeo se organizó una simpática reunión en el Salón de Actos. Allí asistimos al descubrimiento de dos Medallones de bronce, obra del escultor Coullaut Valera, y que evocan las dos figuras más destacadas del Colegio del Pilar en su historial de estos cincuenta años: don Luis Heintz, fundador y primer director, y el R. P. Domingo Lázaro que le dió un matiz de proyección social hacia el exterior al Centro. En el transcurso de la reunión, hicieron uso de la palabra don Octaviano Alonso de Cella, el señor Cortejarena y el P. Severano Ayastuy, Provincial de los Marianistas. Las palabras dichas fueron circunstanciales. Evocación y agradecimiento. Concluyó el acto con un lunch servido en el mismo Colegio y durante el cual el espíritu de familia que anida en alumnos y profesores se reveló una vez más.—S. M.

 NUEVAS PUBLICACIONES DE LA REVISTA «ENSEÑANZA MEDIA»

«LA ENSEÑANZA DE LOS IDIOMAS MODERNOS»

POR FRANÇOIS CLOSSET

(Catedrático de Didáctica de Lenguas Vivas
de la Universidad de Lieja)

Traducción de la segunda edición belga por Julio Lago Alonso
(Catedrático del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Burgos)
